

# REFORMA

18 de junio de 2006

## Voces invisibles / Celine Curiol

### Auxilio Alcantar

La heroína de Voces en el laberinto (Céline Curiol, El Aleph), descrita en tercera persona y sin nombre, trabaja en la compañía de ferrocarriles. Con voz anónima anuncia la llegada de los trenes, horarios, salidas y número de vías. Invisible, habla a todos, pero no se dirige a nadie. Sueña con que algún día un pasajero se detenga, que no se precipite hacia la salida, la cola de los taxis, el metro. Sueña con que alguien se pare y le hable de sus viajes, de sus desplazamientos. Que le cuente a ella, que no conoce ninguna otra ciudad más que París.

Ensimismada, vuelve cotidianamente a su casa y espera la llamada del hombre que ama. Una noche de ebriedad se besaron, en ella surgieron las ilusiones, pero el hombre vive con otra y está enamorado de esa otra, un Ángel -criatura imborrable y casi perfecta. El hombre siempre ocupado no llamará. Y porque ella no tiene ningún proyecto preciso; porque sólo la espera de ese hombre llena su vida, y quizá sea eso la vida misma, entonces lo espera. No espera nada, pero espera.

Sin embargo, no es sólo la obsesión por ese hombre -obsesión descrita con minucia de detalles y sensibilidad extrema- lo que atrae. Es también la relación de esa joven mujer enamorada de París y de su geografía, de la singularidad de su barrios, de la vida diurna y nocturna, de los encuentros inesperados. Para matar el tiempo se pasea por las calles de la ciudad, entra en los bares, las terrazas de los cafés, los barrios que se vuelven peligrosos al caer la noche. Atenta y sensible a la realidad urbana, la joven se deja llevar por el azar o lo suscita. Acepta subir al departamento de un desconocido que la acosa en la calle, se acuesta con un travesti, acompaña a un hombre que no quiere estar solo el día de su "supuesto" aniversario. Por timidez más que provocación, se hace pasar por una prostituta durante una cena mundana o roba un suéter en una tienda.

En su deambular solitario todo es motivo de auscultación, se interroga sobre el mundo, sobre sí misma; pasa por la conciencia lo que vive y lo que siente. Sentada en un parque escucha a un inmigrante, ella nunca fue refugiada ni conoce el extranjero, pero cree adivinar lo que el otro vive: falta de puntos de referencia, sentimiento de incompreensión, rechazo a una categorización. Observación remarcable del tejido social contemporáneo.

Para seducir al hombre que ama no inventará un juego de artificios, ninguna escena teatral para hacer creer que es otra. Ella es ella, capaz de sufrir y esperar. Lentamente se da un acercamiento. El suspenso se mantiene en

torno a la historia de amor y el misterioso secreto de infancia llamado "prueba iniciática".

Errante va por el mundo sin lograr echar raíces, pertenecer a algo, una suerte de Roquentin en femenino. Un hombre muere en silencio a la salida del metro, ella observa la escena y escapa. ¿Qué es la muerte? Con el paso de las aventuras la mecánica de su comportamiento cotidiano se desarregla, bascula.

Mirar el techo y dejar que el tiempo pase. ¿Qué es la vida? La espera de un hombre. Leer frente a un micrófono frases siempre idénticas, trenes que sólo esporádicamente se retrasan, una actividad donde no produce nada, colegas que la evitan y pasajeros que creen oír una voz sintética en lugar de una persona. A veces le gustaría desaparecer; no morir, sólo desaparecer, entrar en un estado de profunda indiferencia. No querer nada para estar a salvo.

Periodista cultural